

JONATHAN HAIDT

LA
MENTE DE
LOS JUSTOS

(The Righteous Mind)



**POR QUÉ LA
POLÍTICA
Y LA
RELIGIÓN DIVIDEN
A LA GENTE
SENSATA**

«Una contribución extraordinaria
a la comprensión del ser humano»

The New York Times

Traducción de Antonio García Maldonado

DEUSTO

La mente de los justos

Por qué la política y la religión
dividen a la gente sensata

JONATHAN HAIDT

Traducido por Antonio García Maldonado



EDICIONES DEUSTO

Título original: *The Righteous Mind*

Publicado por Pantheon Books, una división de Random House, Inc.

© 2012 by Jonathan Haidt. Todos los derechos reservados

© de la traducción: Antonio García Maldonado, 2019

© Editorial Planeta, S.A., 2019

© de esta edición: Centro de Libros PAFP, SLU.

Deusto es un sello editorial de Centro de Libros PAFP, SLU.

Av. Diagonal, 662-664

08034 Barcelona

www.planetadelibros.com

ISBN: 978-84-234-3009-3

Depósito legal: B. 28.552-2018

Primera edición: enero de 2019

Preimpresión: pleka scp

Impreso por Romanyà Valls, S.A.

Impreso en España - *Printed in Spain*

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea éste electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Art. 270 y siguientes del Código Penal).

Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. Puede contactar con CEDRO a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91.702.19.70 / 93.272.04.47.

Sumario

Introducción	13
--------------------	----

PRIMERA PARTE

La intuición viene primero, el razonamiento estratégico después

1. ¿De dónde viene la moralidad?	25
2. El perro intuitivo y su cola racional.	55
3. Los elefantes mandan	87
4. Vótame (te explico por qué)	115

SEGUNDA PARTE

La moralidad es mucho más que justo e injusto

5. Más allá de la moralidad WEIRD	145
6. Los receptores gustativos de la mente justa.	167
7. Los fundamentos morales de la política	191
8. La ventaja conservadora	225

TERCERA PARTE
La moralidad une y ciega

9. ¿Por qué somos tan grupales?.....	373
10. El interruptor de la colmena.....	323
11. La religión es un deporte de equipo.....	355
12. ¿No podemos disentir de forma constructiva?	393
Conclusión	445
Agradecimientos.....	453
Referencias.....	457

¿De dónde viene la moralidad?

Te voy contar una pequeña historia. Haz una pausa breve tras leerla y decide si las personas involucradas en la historia hicieron algo moralmente reprochable.

Un coche atropelló al perro de una familia justo enfrente de su casa. Habían escuchado que la carne de perro está deliciosa, así que cortaron el cuerpo del perro y se lo cenaron. Nadie los vio hacerlo.

Si eres como la mayor parte de las personas bien educadas de mis investigaciones, probablemente habrás sentido una sensación pasajera de asco, pero habrás dudado antes de decir que la familia ha hecho algo moralmente reprochable. Al fin y al cabo, el perro ya estaba muerto y ellos no hicieron daño a nadie, ¿verdad? Y si el perro era de ellos, tenían el derecho a hacer lo que quisieran con el cadáver, ¿no? Si te presionara para que emitieras un juicio, probablemente me darías una respuesta matizada, como: «Bueno, creo que es repugnante, y creo que deberían haber enterrado al perro, pero no diría que fue algo moralmente incorrecto».

De acuerdo, veamos un caso más difícil:

Un hombre va al supermercado una vez a la semana y compra un pollo. Pero antes de cocinarlo, tiene relaciones sexuales con él. Luego lo cocina y se lo come.

Una vez más, no hay daño, nadie más lo sabe, y, como en el caso de la familia que come perros, implica una especie de reciclaje que es, como algunas de mis investigaciones indican, un uso eficiente de los recursos naturales. Pero ahora el desagrado es mucho más fuerte, y la acción parece tan... degradante. ¿Eso lo hace peor? Si eres un occidental educado y políticamente liberal, probablemente darás una respuesta matizada que reconoce el derecho del hombre a hacer lo que quiera, siempre y cuando no haga daño a nadie.

Sin embargo, si no eres un occidental liberal o libertario, probablemente pensarás que está mal, o moralmente mal, que alguien tenga relaciones sexuales con el cadáver de un pollo y después se lo coma. Para ti, como para la mayor parte de la gente del planeta, la moralidad es amplia. Algunas cosas están mal aunque no causen daño a nadie. Ser conscientes del simple hecho de que la moralidad es diferente alrededor del mundo, e incluso entre distintas sociedades, es el primer paso para entender tu mente justa. El próximo paso es entender de dónde vienen estas muchas moralidades en primer lugar.

El origen de la moralidad (toma I)

Estudí filosofía en la universidad esperando descifrar el sentido de la vida. Después de ver demasiadas películas de Woody Allen, tenía la equivocada impresión de que la filosofía sería de ayuda.¹¹ Pero también había cursado algunos cursos de psicología, y me encantaron, así que elegí seguir adelante. En 1987 fui admitido como estudiante de Psicología en la Universidad de Pensilvania.

11. Mi conclusión al graduarme fue que la psicología y la literatura resultarían de más ayuda a una persona joven en plena búsqueda existencial. Pero la filosofía ha mejorado desde entonces, véase Wolf, 2010.

Tenía un plan algo vago de realizar experimentos acerca de la psicología del humor. Pensé que podría ser divertido plantearme una línea de investigación que me permitiera pasar el tiempo en clubes de comedia.

Una semana después de haber llegado a Filadelfia, me senté a hablar con Jonathan Baron, un profesor que estudia cómo piensa y toma decisiones la gente. Con mi formación (mínima) en filosofía, tuvimos una buena discusión sobre ética. Baron me preguntó a quemarropa: «¿Es el pensamiento *moral* de alguna manera diferente a otros tipos de pensamiento?». Yo respondí que pensar acerca de asuntos morales (como el aborto) parecía diferente a pensar acerca de otro tipo de cuestiones (como a dónde ir a cenar esta noche), porque existía una necesidad mucho mayor de proveer razones que justificasen tus juicios morales a otras personas.

Baron respondió con entusiasmo, y entonces hablamos de algunas formas en que uno podría comparar el pensamiento moral con otros tipos de pensamiento en el laboratorio. Al día siguiente, impulsado por poco más que ese sentimiento de aliento, le pedí que fuera mi consejero y me decidí a estudiar psicología moral.

En 1987, la psicología moral era parte de la psicología del desarrollo. Los investigadores se centraban en preguntas al estilo de cómo desarrollan los niños el pensamiento acerca de las reglas, especialmente las reglas referidas a la justicia. La gran pregunta detrás de esta investigación era: ¿Cómo llegan los niños a distinguir el bien del mal? ¿De dónde viene la moralidad?

Hay dos respuestas obvias a esta pregunta: la naturaleza o la educación. Si eliges la naturaleza, entonces eres *nativista*. Crees que el conocimiento moral es innato a nuestra mente. Viene precargado, tal vez en nuestros corazones inscritos en Dios (como dice la Biblia), o en nuestras evolucionadas emociones morales (como argumentó Darwin).¹²

Si crees que el conocimiento moral proviene de la educación,

12. Véase, por ejemplo, Jeremías 31, 33—34: «Pondré mi ley dentro de ellos, y sobre sus corazones la escribiré». Véase también Darwin, 1998/1871.

entonces eres *empirista*.¹³ Crees que los niños son más o menos hojas en blanco al nacer (como dijo John Locke).¹⁴ Si la moralidad varía en todo el mundo y a través de los siglos, ¿cómo podría ser innata? Cualquiera que sea la moral que tenemos como adultos, debe haber sido aprendida durante la infancia desde nuestra propia experiencia, lo que incluye adultos que nos indican lo que está bien y lo que está mal. (*Empírico* significa «desde la observación y la experiencia»).

Sin embargo, ésta es una falsa elección, y en 1987 la psicología moral estaba en su mayoría centrada en una tercera respuesta: el *racionalismo*, que dice que los niños descifran la moralidad por ellos mismos. Jean Piaget, el mejor psicólogo de todos los tiempos que ha estudiado el desarrollo cognitivo, comenzó su carrera como zoólogo estudiando moluscos e insectos en su Suiza natal. Estaba fascinado por las etapas que los animales superaban cuando pasaban de, digamos, orugas a mariposas. Más tarde, cuando su atención se dirigió a los niños, llevó ese interés a las etapas de desarrollo. Piaget quería saber cómo la extraordinaria sofisticación del pensamiento adulto (una mariposa cognitiva) surgía de las capacidades limitadas de niños pequeños (orugas inferiores).

Piaget se enfocó en las clases de errores que los niños cometen. Por ejemplo, ponía agua en dos vasos idénticos y les pedía a los niños que le dijeran si los vasos contenían la misma cantidad de agua (sí). Entonces vertía el contenido de uno de los vasos en uno más alargado y delgado y le pedía a un chico que comparase el nuevo vaso con el que no había tocado. Los niños menores de seis o siete años usualmente decían que el vaso alto ahora con-

13. *Empirismo* tiene dos significados diferentes. Lo utilizo aquí como lo hacen normalmente los psicólogos, para significar la creencia, en contraste con el nativismo, de que la mente es más o menos una «tabla rasa» al nacer, y que casi todo su contenido se aprende de la experiencia. Creo que esta opinión es incorrecta. El empirismo también es utilizado por los filósofos de la ciencia para referirse a la devoción a los métodos empíricos: métodos de observación, medición y manipulación del mundo para obtener conclusiones fiables sobre el mismo. Como científico, apoyo totalmente el empirismo en este sentido.

14. Locke, 1979/1690.

tiene más agua porque el nivel es más alto. Ellos no entienden que el volumen total del agua se conserva cuando se mueve de un vaso a otro. Piaget también descubrió que no tenía sentido que un adulto les explicase la conservación del volumen a un niño. Los niños no lo entenderán hasta que alcancen una edad (y un estado cognitivo) en el que su mente esté preparada para ese conocimiento. Y cuando lo estén, lo descubrirán por sí solos jugando con vasos de agua.

En otras palabras, la comprensión de la conservación del volumen no era ni innata, ni aprendida de los adultos. Los niños generalmente descifran las cosas por sí solos, pero sólo cuando su mente está lista para hacerlo y si se le proporciona el tipo correcto de experiencias.

Piaget aplicó también esta aproximación del desarrollo cognitivo al estudio del pensamiento moral de los niños.¹⁵ Jugaba a las canicas con los niños y algunas veces deliberadamente rompía las reglas y se hacía el tonto. Los niños respondían a sus errores, y al hacerlo revelaban su creciente habilidad de respetar las reglas, cambiarlas, esperar turnos y resolver disputas. Este conocimiento creciente llegó en etapas ordenadas al tiempo que las habilidades cognitivas de los chicos maduraban.

Piaget argumentó que la comprensión de los niños de la moralidad era como su comprensión del volumen de los vasos de agua: no podíamos decir que fuese innata, pero tampoco podemos decir que la hubiesen aprendido directamente de los adultos.¹⁶ Es, en cambio, construida individualmente cuando los niños juegan con otros niños. Esperar el turno en un juego es como intercambiar el agua entre los vasos una y otra vez. No importa lo seguido que lo hagas con niños de tres años, porque sencillamente no están listos ni para entender el concepto de justicia, ni para entender la conservación del volumen. Pero una vez que han alcanzado la edad de cinco o seis años, jugar, discutir y descifrar

15. Piaget, 1932/1965.

16. Aunque ahora sabemos que el conocimiento de la física es, hasta cierto punto, innato (Baillargeon, 2008), y también lo es mucho el conocimiento moral (Hamlin, Wynn y Bloom, 2007). Más sobre esto en el capítulo 3.

cosas entre ellos los ayudará a entender lo que es justo de una manera mucho más efectiva que cualquier sermón de un adulto.

Ésta es la esencia del racionalismo psicológico: crecemos hacia nuestro estado racional, así como las orugas crecen para convertirse en mariposas. Si la oruga come suficientes hojas (en algún momento) le saldrán alas. Asimismo, si el niño acumula suficientes experiencias turnándose, compartiendo y entendiendo qué es justo y qué no en el patio de recreo (en algún momento) se convertirá en una criatura moral, y podrá usar sus capacidades racionales para resolver problemas cada vez más difíciles. La racionalidad es nuestra naturaleza, y un buen razonamiento moral es el punto final del desarrollo. El racionalismo tiene una larga y compleja historia en filosofía. En este libro usaré la palabra *racionalista* para describir a cualquiera que crea que el razonamiento es la forma más importante y más confiable de obtener conocimiento moral.¹⁷

Los descubrimientos de Piaget fueron ampliados por Lawrence Kohlberg, que revolucionó el estudio de la moralidad en los años sesenta con dos innovaciones clave.¹⁸ Primero, desarrolló una manera de cuantificar la observación de Piaget de que el razonamiento moral de los niños cambiaba en el tiempo. Creó un conjunto de dilemas morales estándar que les presentó a niños de varias edades, y grabó y codificó sus respuestas. Por ejemplo, ¿debería un hombre llamado Heinz colarse en una farmacia para

17. Mi definición de racionalismo no está lejos de las definiciones filosóficas. Por ejemplo, los racionalistas creen en «el poder de una razón *a priori* para captar verdades sustanciales sobre el mundo» (B. Williams, 1967, p. 69). Pero mi enfoque evita los debates del siglo XVIII sobre ideas innatas y conecta con las preocupaciones del siglo XX sobre si el razonamiento, en particular el razonamiento de un individuo independiente, es una forma fiable y peligrosa de elegir leyes y políticas públicas. Véase Oakeshott, 1997/1947. Hayek, 1988, argumentó que «constructivismo» era el término más preciso para el tipo de racionalismo que cree que puede construir un orden social o moral sobre la base de la reflexión racional. Observo que Kohlberg, en realidad, no se definía como racionalista; se definía como constructivista. Pero me referiré a Kohlberg, Piaget y Turiel como racionalistas para resaltar su contraste con el intuicionismo, tal como lo desarrollo en el resto de este libro.

18. Kohlberg, 1969, 1971.

robar una medicina que podría salvar a su esposa moribunda? ¿Debería una chica llamada Louise confesarle a su madre que su hermana pequeña le ha mentado? No importaba mucho si el niño decía sí o no, lo que importaba eran las razones que dieran para explicar sus elecciones.

Kohlberg encontró una progresión en seis etapas en el razonamiento de los niños acerca del mundo social, y su progresión encajaba bien con las etapas que Piaget había encontrado en el razonamiento de los niños acerca del mundo *físico*. Los niños pequeños juzgaban lo bueno y lo malo siguiendo pautas muy superficiales, por ejemplo, que alguien haya sido castigado por hacer algo. (Si un adulto condenaba un acto, entonces el acto debía estar mal.) Kohlberg llamó a las dos primeras etapas el nivel «preconvencional» del juicio moral, y se correspondían con la etapa de Piaget en la que los niños juzgan el mundo físico de una manera superficial (si un vaso es más alto, entonces debe haber más agua en él).

Sin embargo, durante la escuela primaria, la mayoría de los niños se mueven hacia las dos etapas «convencionales», y se convierten en expertos en entender e incluso manipular reglas y convenciones sociales. Ésta es la edad del legalismo quisquilloso que muchos de los que crecimos con hermanos recordamos muy bien («No te estoy golpeando. Estoy usando tu mano para golpearte. ¡Deja de golpearte a ti mismo!»). En esta etapa, a los niños generalmente les importa bastante la conformidad y tienen un gran respeto por la autoridad, por lo menos en teoría, no siempre en la práctica. Rara vez cuestionan la legitimidad de la autoridad, incluso cuando aprenden a maniobrar dentro y alrededor de las limitaciones que los adultos les imponen.

Después de la pubertad, justo cuando Piaget dijo que los niños se vuelven capaces del pensamiento abstracto, Kohlberg encontró que algunos niños comienzan a pensar por sí mismos sobre la naturaleza de la autoridad, el significado de la justicia y las razones tras las reglas y leyes. En las etapas «posconvencionales», los adolescentes aún valoran la honestidad y el respeto a las leyes y las reglas, pero ahora, algunas veces justifican la deshonestidad o la violación de leyes por una causa más elevada, en

particular la justicia. Kohlberg hizo un retrato inspiradamente racionalista de los niños como «filósofos morales» tratando de diseñar sistemas éticos coherentes propios.¹⁹ En las etapas posconvencionales finalmente se hacen buenos en esto. Los dilemas de Kohlberg han sido una herramienta para medir estos avances espectaculares en el razonamiento moral.

El consenso liberal

Mark Twain dijo una vez que para «un hombre con un martillo, todo parece un clavo». Una vez que Kohlberg desarrolló sus dilemas morales y sus técnicas de puntuación, la comunidad psicológica se hizo con un nuevo martillo, y miles de estudiantes de grado los usaron para explayarse en disertaciones acerca del razonamiento moral. Pero hay una razón más profunda por la que tantos psicólogos jóvenes comenzaron a estudiar la moralidad desde una perspectiva racionalista, y ésta fue la segunda gran innovación de Kohlberg: utilizó su investigación para construir una justificación científica de un orden moral liberal laico.

El hallazgo más influyente de Kohlberg es que los niños más avanzados moralmente (de acuerdo a su técnica de puntuación) eran aquellos que tuvieron oportunidades frecuentes de experimentar el intercambio de roles, de ponerse en la piel de otra persona y mirar un problema desde la perspectiva de esa persona. Las relaciones igualitarias (como las que se dan entre colegas) invitan al intercambio de roles, mientras que las relaciones jerárquicas (como las que se dan entre profesores y padres), no. Es realmente complejo para un niño ver las cosas desde la perspectiva del maestro, porque el niño nunca ha sido un maestro. Piaget y Kohlberg pensaban que los padres y otras autoridades eran obstáculos para el desarrollo moral. Si quieres que tus hijos aprendan acerca del mundo físico, déjalos jugar con vasos y con agua, no les des una charla acerca de la teoría de conservación de la masa. Y si quieres que tus hijos aprendan acerca del mundo

19. Kohlberg, 1968.

social, déjalos jugar con otros niños y resolver disputas, no les des una charla acerca de los Diez Mandamientos, y, por lo que más quieras, no los fuerces a obedecer a Dios o a sus maestros o a vosotros. Eso sólo los hará paralizarse al nivel convencional.

El momento de la llegada de Kohlberg fue perfecto, justo cuando la primera ola de *baby boomers* estaba entrando en la universidad. Había transformado la psicología moral en una oda a la justicia atractiva para esa generación, y proveyó de una herramienta para cuantificar el progreso de los niños hacia el ideal liberal. Los siguientes veinticinco años, entre los años setenta y noventa, los psicólogos morales sólo entrevistaron a jóvenes acerca de dilemas morales y analizaron sus justificaciones.²⁰ Mucho de este trabajo no tenía motivación política, era sólo una honesta y meticulosa investigación científica. Pero al usar un marco de referencia que predefinía la moralidad como justicia, mientras denigraba a la autoridad, la jerarquía y la tradición, era inevitable que la investigación apoyara visiones del mundo seculares, contestatarias e igualitarias.

Un test más sencillo

Si fuerzas a los niños a explicar nociones complejas, por ejemplo, cómo equilibrar las inquietudes contrapuestas sobre los derechos y la justicia, seguro que hallarás tendencias relacionadas con la edad, porque los niños se vuelven bastante más articulados cada año que pasa. Pero si estás buscando el primer vestigio de un concepto moral, entonces será mejor que busques una técnica que no requiera mucha habilidad verbal. Elliot Turiel, exalumno de Kohlberg, desarrolló tal técnica. Su innovación fue contar cuentos a los niños sobre otros niños que rompían las reglas y luego hacerles una serie de preguntas simples de sí o no. Por ejemplo, puedes contar la historia de un niño que va a la escuela con ropa de calle, aunque en su escuela es obligatorio usar uniforme. Comienza por buscar un juicio global: «¿Está bien lo que hizo el niño?». La

20. Véase, por ejemplo, Killen y Smetana, 2006.

mayor parte de los niños dirá que no. Pregunta si hay una regla específica sobre qué ropa usar. («Sí».) Después, sondea qué tipo de regla es: «¿Qué pasaría si el maestro dice que está bien que el niño use su ropa normal? ¿Estaría bien entonces?». Y, «¿qué pasaría si esto sucediera en otra escuela en donde no tienen reglas acerca de los uniformes? ¿Estaría bien entonces?».

Turiel descubrió que los niños de hasta cinco años generalmente dicen que el chico estaba equivocado cuando rompía la regla, pero que no lo estaría si el maestro le hubiese dado permiso o si la situación ocurriese en otra escuela en donde no existiera dicha regla. Los niños reconocen que las reglas acerca de la vestimenta, la comida y muchos otros aspectos de la vida son *convenciones sociales*, algo arbitrario y modificable hasta cierto punto.²¹

Pero si preguntas a los niños acerca de acciones que causen daño a otras personas, por ejemplo si una niña empuja de un columpio a un niño porque quiere usarlo, obtendrás un conjunto de respuestas muy diferente. Casi todos los niños dicen que la niña hizo mal, y que también habría hecho mal aun si el maestro le hubiera dicho que está bien hacerlo, y aún si sucediese en otra escuela en la que no existiesen reglas acerca de empujar a niños de los columpios. Los niños reconocen que las reglas que previenen el daño son *reglas morales*, lo que Turiel define como reglas relacionadas con «la justicia, los derechos, y el bienestar relativo a la forma en que las personas deben relacionarse entre sí».²²

En otras palabras, los niños pequeños no tratan todas las reglas de la misma manera, como Piaget y Kohlberg supusieron. Los niños no pueden expresarse como filósofos morales, pero sí clasifican la información social de una manera sofisticada. Parecen captar desde muy temprano que las reglas que previenen el daño son especiales, importantes, inalterables y universales. Y esta epifanía, dice Turiel, es la base fundacional de todo el desarrollo moral. Los niños han construido su comprensión moral

21. Turiel, 1983, definió las convenciones sociales como «uniformidades de comportamiento que sirven para coordinar las interacciones sociales y están vinculadas a los contextos de sistemas sociales específicos».

22. Turiel, 1983.

sobre la base de la verdad moral absoluta de que *hacer daño está mal*. Las reglas específicas pueden variar culturalmente, pero en todas las culturas examinadas por Turiel, los niños hacen esa distinción entre reglas morales y reglas convencionales.²³

Si bien la explicación de Turiel sobre el desarrollo moral difería en muchos aspectos de la de Kohlberg, las implicaciones políticas eran similares: la moralidad se basa en *tratar bien a los individuos*. Se trata de daño y justicia (no de lealtad, respeto, deber, piedad, patriotismo o tradición). La jerarquía y la autoridad son generalmente cosas malas (por eso es mejor dejar que los niños descubran esto por sí mismos). Las escuelas y las familias deberían por lo tanto incorporar principios progresivos de igualdad y autonomía (no principios autoritarios que permiten a los mayores formar y constreñir a los niños).

Mientras tanto, en el resto del mundo...

Kohlberg y Turiel tenían más o menos bien definido el campo de la psicología moral para el momento en el que me senté en la oficina de Jon Baron y decidí estudiar moralidad.²⁴ El campo en el que ingresé vibraba y crecía, pero algo no me convencía. No era el tema político. En aquel entonces, yo era muy liberal, tenía veinticuatro años y exudaba odio arrogante por Ronald Reagan y por grupos conservadores como la llamada Mayoría Moral. No, el problema era que las cosas que estaba leyendo eran tan... secas. Crecí junto a dos hermanas, más o menos de mi edad. Nos

23. Hollos, Leis y Turiel, 1986; Nucci, Turiel y Encarnacion-Gawrych, 1983.

24. Kohlberg y Turiel motivaron la mayor parte del trabajo experimental, pero también debo mencionar a otras dos figuras muy influyentes: Carol Gilligan (1982) argumentó que Kohlberg había descuidado la «ética del cuidado», que según ella era más común en las mujeres que en los hombres. Además, Martin Hoffman (1982) realizó un trabajo importante en el desarrollo de la empatía, y destacó una emoción moral en un momento en que la mayor parte de la investigación se centraba en el razonamiento moral. Trágicamente, Kohlberg se suicidó en enero de 1987. Sufrió depresión y dolor crónico debido a una infección parasitaria.

peleábamos a diario, y utilizábamos todos los trucos retóricos más rastrosos que podíamos encontrar. La moralidad era un asunto apasionante en mi familia, y, sin embargo, los artículos que leía trataban del razonamiento y las estructuras cognitivas y los dominios del conocimiento. Todo era demasiado cerebral. Casi no se mencionaba la emoción.

Como estudiante de primer curso, no tenía la confianza necesaria para fiarme de mis instintos, así que me obligué a seguir leyendo. Pero luego, en mi segundo año, hice un curso de psicología cultural y me encantó. El curso lo impartía un brillante antropólogo, Alan Fiske, que había pasado muchos años en África Occidental estudiando los fundamentos psicológicos de las relaciones.²⁵ Fiske nos pidió a todos que leyésemos varias etnografías (informes del trabajo de campo de los antropólogos), cada una de las cuales se centraba en un tema diferente, como el parentesco, la sexualidad o la música. Pero, en todos los temas, la moralidad siempre resultaba ser un tema central.

Leí un libro sobre brujería entre los azande de Sudán²⁶ con el que aprendí que las creencias sobre brujería surgen de forma sorprendentemente similar en muchas partes del mundo, lo que sugiere que realmente hay brujas, o (más probablemente) que hay algo particular en cómo la mente humana negocia las relaciones con sus pares morales que con frecuencia genera esta institución cultural. Los azande creen que las brujas tienen la misma probabilidad de ser hombres o mujeres, y el temor a ser llamado brujo o bruja hace que los azande tengan mucho cuidado en no hacer que sus vecinos sientan ni enojo, ni envidia hacia ellos. Ésa fue la primera pista de que los grupos crean seres sobrenaturales no para explicar el universo, sino para poner orden en sus sociedades.²⁷

Leí un libro acerca de los ilongotes, una tribu cazadora de cabezas en Filipinas donde los jóvenes se ganaban el honor cortán-

25. A. P. Fiske, 1991.

26. Evans-Pritchard, 1976.

27. Desarrollaré esta idea en el capítulo 11, aprovechando en gran medida las ideas de Emile Durkheim.

dole la cabeza a la gente.²⁸ Algunas de estas decapitaciones eran asesinatos por venganza, que al menos ofrecían a los lectores occidentales un motivo que podían entender. Pero muchos de estos asesinatos se cometían contra extraños que no tenían ninguna clase de vínculo o deuda con el asesino. El autor explicaba estas matanzas más desconcertantes como formas en que pequeños grupos de hombres canalizaban los resentimientos y las fricciones dentro del grupo en una «fiesta de caza» de fortalecimiento grupal, coronada por una larga noche de cantos comunales de celebración. Éste fue mi primer indicio de que la moralidad a menudo implica tensión *dentro* de un grupo y está vinculada a la competencia *entre* diferentes grupos.

Estas etnografías que leía eran fascinantes, a menudo bellamente escritas y susceptibles de ser captadas intuitivamente a pesar de lo ajeno que resultaba el contenido. Leer cada libro era como pasar una semana en un país nuevo: es algo confuso al principio, pero poco a poco vas entrando en sintonía y siendo capaz de adivinar qué va a suceder a continuación. Y como con todos los viajes al extranjero, aprendes no sólo acerca del sitio que estás visitando, también del sitio de donde eres. Empecé a ver Estados Unidos y Europa occidental como extraordinarias excepciones históricas, unas sociedades nuevas que habían descubierto la manera de simplificar y diluir las gruesas y omnipresentes órdenes morales sobre las que escribían los antropólogos.

En ninguna parte esta dilución era más evidente que en nuestra ausencia de reglas sobre la pureza y la contaminación. Compáranos con los hua de Nueva Guinea, que han desarrollado un complejo sistema de tabúes alimentarios que rigen lo que hombres y mujeres pueden comer. Para que sus hijos se conviertan en hombres, tienen que evitar alimentos que de alguna manera parezcan vaginas, incluida cualquier cosa que sea roja, húmeda, viscosa, venga de un agujero o tenga pelo. Al principio esto suena a superstición arbitraria mezclada con el predecible sexismo de una sociedad patriarcal. Turiel llamaría a esto convenciones sociales, aunque los hua no creen que los hombres de otras tribus

28. Rosaldo, 1980.

tengan que seguir estas reglas. Pero sí piensan en sus reglas alimentarias como reglas morales. Hablan de ellas constantemente; se juzgan los unos a los otros por sus hábitos alimentarios; y rigen sus vidas, sus deberes y sus relaciones por lo que la antropóloga Anna Meigs llama «una religión del cuerpo».²⁹

Sin embargo, no son sólo los cazadores-recolectores de las selvas tropicales los que creen que las prácticas corporales pueden ser prácticas morales. Cuando leí la Biblia hebrea me sorprendió descubrir la cantidad de partes del libro, una de las principales fuentes de la moralidad occidental, que hablaba de reglas sobre la alimentación, la menstruación, el sexo, la piel y el manejo de cadáveres. Algunas de estas reglas eran intentos claros de evitar enfermedades, como las largas secciones del Levítico sobre la lepra. Pero muchas otras reglas parecían seguir una lógica más emocional, trataban más de evitar el asco. Por ejemplo, la Biblia prohíbe a los judíos comer o incluso tocar «los animales que se arrastran sobre la tierra» (y pensemos simplemente en lo mucho más desagradable que es una plaga de ratones que un solo ratón).³⁰ Otras reglas parecían seguir una lógica conceptual que implicaba mantener categorías puras o no mezclar ciertas cosas (como vestimentas hechas de dos fibras diferentes).³¹

Entonces, ¿de qué estamos hablando? Si Turiel tenía razón en que la moralidad gira alrededor del concepto del daño, entonces, ¿por qué las culturas no occidentales moralizan tantas prácticas que parecen no tener nada que ver con el daño? ¿Por qué muchos cristianos y judíos creen que «la limpieza es divina»?³² ¿Y por qué muchos occidentales, incluso los laicos, siguen considerando que las decisiones acerca de la comida y el sexo están cargadas de significado moral? Los liberales a veces dicen que los

29. Meigs, 1984.

30. Véase Levítico 11.

31. Véase Deuteronomio 22, 9-11. Mary Douglas (1966) sostiene que la necesidad de mantener las categorías puras es el principio más importante tras las leyes kosher. No estoy de acuerdo, y creo que el rechazo juega un papel mucho más poderoso; véase Rozin, Haidt y McCauley, 2008.

32. El registro más antiguo de esta frase es un sermón de John Wesley en 1778, pero claramente se remonta al libro del Levítico.

conservadores religiosos son reprimidos sexuales para quienes cualquier cosa que no sea sexo en la postura del misionero dentro del matrimonio es un pecado. Pero los conservadores también pueden burlarse de las batallas de los liberales por elegir un desayuno equilibrado: equilibrado entre las preocupaciones morales sobre los huevos de gallinas silvestres, el café de comercio justo, su carácter natural y la presencia de toxinas, algunas de las cuales (como el maíz y la soja modificados genéticamente) representan una amenaza más espiritual que biológica. Incluso si Turiel tenía razón y los niños se aferran a la nocividad como método para identificar acciones inmorales, no veo cómo los niños en Occidente, y mucho menos entre los azande, los ilongotes y los hua, podrían haber llegado a desarrollar todo este tema de la pureza y la contaminación por sí solos. Tiene que haber algo más en el desarrollo moral de los niños que construcción de reglas mientras se ponen en el lugar otras personas y sienten su dolor. Tiene que haber algo más allá del racionalismo.

El gran debate

Cuando leí lo que los antropólogos escribieron acerca de moralidad, fue como si hablasen un idioma diferente al de los psicólogos que había estado leyendo. La piedra de Rosetta que me ayudó a traducir los dos campos fue un artículo que acaba de publicar un antiguo asistente de Fiske, Richard Shweder, en la Universidad de Chicago.³³ Shweder es un antropólogo psicológico que ha vivido y trabajado en Orissa, un estado en la costa este de India. Allí ha encontrado grandes diferencias entre lo que los oriya (residentes de Orissa) y los estadounidenses piensan acerca de la personalidad y la individualidad, y estas diferencias conducen a diferencias correspondientes en su pensamiento moral. Shweder cita al antropólogo Clifford Geertz acerca de cuán inusuales son los occidentales al pensar en las personas como individuos discretos:

33. Shweder, Mahapatra y Miller, 1987.

La concepción occidental de la persona como un único universo limitado, más o menos integrado, motivacional y cognitivo, un centro dinámico de conciencia, emoción, juicio y acción organizado en un todo distintivo y establecido, en contraposición a otros todos y en contraposición a sus antecedentes sociales y naturales es, por muy incorregible que nos parezca, una idea bastante peculiar dentro del contexto de las culturas del mundo.³⁴

Shweder ofreció una idea simple para explicar por qué el yo difiere tanto entre culturas: todas las sociedades deben resolver un pequeño conjunto de preguntas acerca de cómo ordenar la sociedad, siendo la más importante cómo equilibrar las necesidades de individuos y grupos. Parece haber sólo dos formas principales de responder esta pregunta. La mayoría de las sociedades han elegido la respuesta *sociocéntrica*, que antepone las necesidades de los grupos y las instituciones y subordina las necesidades de los individuos. Por el contrario, la respuesta *individualista* coloca a los individuos en el centro y hace que la sociedad se convierta en sirviente del individuo.³⁵ La respuesta sociocéntrica ha dominado la mayoría del mundo antiguo, pero la respuesta individualista se convirtió en un poderoso rival durante la Ilustración. La respuesta individualista venció en gran medida al enfoque sociocéntrico en el siglo XX a medida que los derechos individuales se expandían, la cultura de consumo se generalizaba y el mundo occidental reaccionaba con horror a los males perpetrados por los ultrasociocéntricos imperios fascista y comunista. (Las naciones europeas con fuertes redes de seguridad social no son sociocéntricas según esta definición; simplemente hacen un muy buen trabajo protegiendo a los *individuos* de las vicisitudes de la vida.)

Shweder pensaba que las teorías de Kohlberg y Turiel fueron producidas por y para personas de culturas individualistas. Dudaba de que esas teorías se pudieran aplicar en Orissa, donde

34. Geertz 1984.

35. Shweder y Bourne, 1984. Shweder utilizó la palabra *egocéntrico* en lugar de *individualista*, pero me temo que *egocéntrico* tiene demasiadas connotaciones negativas y está demasiado asociada con el egoísmo.

la moralidad era sociocéntrica, los yoes eran interdependientes y ninguna línea divisoria separaba las reglas morales (evitar el daño) de las convenciones sociales (regular comportamientos no relacionados directamente con el daño). Para poner a prueba sus ideas, él y dos colaboradores desarrollaron treinta y nueve historias muy cortas en las cuales alguien hacía algo que podría violar una regla en Estados Unidos o en Orissa. Luego, los investigadores entrevistaron sobre estas historias a ciento ochenta niños (de edades comprendidas entre cinco y trece años) y sesenta adultos que vivían en Hyde Park (el vecindario que rodea a la Universidad de Chicago). También entrevistaron a una muestra combinada de niños y adultos brahmanes en la ciudad de Bhubaneswar (un antiguo lugar de peregrinación en Orissa).³⁶ Finalmente, también entrevistaron a ciento veinte personas de castas bajas (intocables). En conjunto, fue una empresa enorme: seiscientas entrevistas largas en dos ciudades muy diferentes.

La entrevista utilizó el método de Turiel, más o menos, pero los escenarios cubrieron muchos más comportamientos de los que Turiel podría haber imaginado. Como puedes ver en el tercio superior de la figura 1.1 (en la página siguiente), en algunas de las historias unas personas lastimaban claramente a otras o las trataban injustamente, y los sujetos (las personas entrevistadas) en ambos países condenaban esos actos diciendo que estaban mal, inalterablemente mal o universalmente mal. Pero los indios no condenaban otros casos que parecían (para los estadounidenses) de manera muy clara implicar daño o algo injusto (véase el tercio medio).

La mayoría de las treinta y nueve historias no mostraban ningún daño o injusticia, al menos ninguna que pudiera haber sido obvia para un niño de cinco años, y casi todos los estadounidenses dijeron que estos actos eran permisibles (véase el tercio inferior de la figura 1.1). Si los indios consideraban estos actos como incorrectos, entonces Turiel podía predecir que estaban condenando los actos simplemente como violaciones de las convenciones sociales. Sin embargo, la mayoría de los sujetos indios,

36. Shweder, Mahapatra y Miller, 1987. Cada persona respondió a trece de los treinta y nueve casos.

Figura 1.1 **Algunas de las treinta y nueve historias usadas en Shweder, Mahapatra y Miller, 1987**

Actos que los indios y los estadounidenses estuvieron de acuerdo en que estaban mal:

- Mientras caminaba, un hombre vio a un perro durmiendo en el camino. Se acercó a él y le dio una patada.
- Un padre le dijo a su hijo: «Si te va bien en el examen, te compraré un bolígrafo». Al hijo le fue bien en el examen, pero el padre no le dio nada.

Actos que los estadounidenses dijeron que estaban mal, pero los indios dijeron que eran aceptables:

- Una joven mujer casada fue sola a ver una película sin informar a su marido. Cuando regresó a casa, su esposo le dijo: «Si lo haces de nuevo, te daré una buena zurra». Ella lo hizo de nuevo; él le dio una buena zurra. (Juzga al esposo.)
- Un hombre tenía un hijo casado y una hija casada. Después de su muerte, su hijo reclamó la mayor parte de la propiedad. Su hija se quedó con poco. (Juzga al hijo.)

Actos que los indios dijeron que estaban mal, pero los estadounidenses dijeron que eran aceptables:

- En una familia un hijo de veinticinco años se dirige a su padre por su nombre de pila.
- Una mujer cocinó arroz y quería comer con su esposo y su hermano mayor. Luego ella comió con ellos. (Juzga a la mujer.)
- Una viuda en tu comunidad come pescado dos o tres veces a la semana.
- Después de defecar, una mujer no se cambió de ropa antes de cocinar.

incluso los niños de cinco años, dijeron que estos actos estaban mal, universalmente mal e inalterablemente mal. Las prácticas indias relacionadas con la comida, el sexo, la vestimenta y las relaciones de género casi siempre se consideraban asuntos morales, no convenciones sociales, y había pocas diferencias a este respecto entre adultos y niños dentro de cada ciudad. En otras palabras, Shweder no encontró casi ningún rastro de pensamiento social convencional en la cultura sociocéntrica de Orissa, donde, como él mismo lo expresó, «el orden social es un orden moral». La moral era tan amplia y compleja en Orissa que a casi cualquier práctica se le podía adjudicar un componente de fuerza moral. Si eso era cierto, entonces la teoría de Turiel se hacía menos plausible. Los niños no estaban descubriendo la moralidad por sí mismos, basados en la certeza de que hacer daño está mal.

Incluso en Chicago, Shweder encontró relativamente poca evidencia de pensamiento social convencional. Había muchas historias que no contenían ningún acto dañino o injusto obvio, como la viuda que come pescado, y los estadounidenses de manera predecible dijeron que esos casos estaban bien. Y lo que es más importante, no consideraban estos comportamientos como convenciones sociales que pudieran modificarse con el consentimiento popular. Creían que las viudas deberían poder comer lo que quisieran, y que si hay algún otro país donde la gente trata de limitar las libertades de las viudas, están equivocados al hacerlo. Incluso en Estados Unidos, el orden social es un orden moral, pero es uno de tipo individualista construido alrededor de la necesidad de proteger a los individuos y su libertad. Lo que construye una distinción entre la moral y las meras convenciones no es la grúa mágica del racionalismo, ni tampoco es el hecho de que los niños en todas partes suelen autoconstruir su conocimiento moral. No, la distinción resulta ser un artefacto cultural, un subproducto necesario de la respuesta individualista a la pregunta de cómo se relacionan los individuos y los grupos. Cuando sitúas a los individuos primero, antes que a la sociedad, entonces cualquier regla o práctica social que limite la libertad personal puede ser cuestionada. Si esta regla no protege a alguien de al-

gún daño, entonces no puede ser justificada moralmente. Es sólo una convención social.

El estudio de Shweder supuso un ataque claro contra todo el enfoque adoptado por Turiel, Kohlberg y Piaget. Turiel no respondió de manera pasiva. Para refutarlo, escribió un largo ensayo donde señalaba que muchas de las treinta y nueve historias de Shweder eran preguntas engañosas: tenían significados muy diferentes en India y Estados Unidos.³⁷ Por ejemplo, los hindúes en Orissa creen que el pescado es un alimento «caliente» que estimula el apetito sexual de una persona. Si una viuda come alimentos calientes, es más probable que tenga relaciones sexuales con alguien, lo que ofendería al espíritu de su esposo muerto y le impediría reencarnarse en un nivel superior. Turiel argumentó que una vez que se tienen en cuenta las «suposiciones informativas» de los indios sobre la forma en que funciona el mundo, se puede ver que la mayoría de las treinta y nueve historias de Shweder realmente eran violaciones morales que dañaban a las víctimas de una manera que los estadounidenses no podían ver. De esa manera el estudio de Shweder no podía contradecir las afirmaciones de Turiel; incluso podría apoyarlas, si pudiésemos saber con certeza si los sujetos indios de Shweder percibieron daño en las historias.

Asco y falta de respeto

Cuando leí los ensayos de Shweder y Turiel, experimenté dos fuertes reacciones. En primer lugar, me sentí intelectualmente de acuerdo con la defensa de Turiel. En efecto, Shweder había usado preguntas «trucadas», no para hacerlas confusas, sino para demostrar que las reglas sobre la comida, la vestimenta, las formas de dirigirse a las personas y otros asuntos aparentemente convencionales podían estar entrelazadas en una compleja red moral. Sin embargo, estuve de acuerdo con Turiel en que al estudio de Shweder le faltaba un control experimental importante:

37. Turiel, Killen y Helwig, 1987.